

A man and a young child stand in the foreground of a large, paved plaza, looking towards a historic stone fortress in the distance. The plaza is paved with a pattern of red and grey bricks. In the background, the Castillo de San Marcos, a large, weathered stone fortress with a central archway, stands prominently. A flagpole with a flag is visible in front of the fortress. The sky is a light, hazy blue. The overall scene is bright and sunny, with lush green trees framing the top and sides of the image.

PABLO ULLOA

**REPÚBLICA
DOMINICANA:**
un **LEGADO**
para **MI HIJO**





Contenido

Dedicatoria	5
Prólogo	6
Introducción	8
Carta a Marleni (y a todo padre y madre)	10
Capítulo 1: La República: Un pacto entre todos	12
Capítulo 2: La Constitución: las reglas que nos protegen	20
Capítulo 3: Los tres poderes del Estado: el equilibrio necesario	26
Capítulo 4: La libertad y la igualdad: dos caras de la misma moneda	34
Capítulo 5: Nuestros héroes y heroínas: ejemplos para inspirarnos	40
Capítulo 6: Los desafíos de nuestra República	48
Capítulo 7: La República del futuro: construyendo juntos	54
Conclusión: Un compromiso que empieza en casa	61

Dedicatoria

A Enrique, mi hijo:

Este libro es más que palabras. Es un acto de amor y un compromiso contigo, con tu generación y con nuestra República Dominicana.

Es mi forma de entregarte una brújula: para que nunca pierdas el norte, para que valores la **libertad**, defiendas la **igualdad** y actúes siempre con **justicia**.

Cada página es un recordatorio de que tú, Enrique, eres parte del futuro, y el futuro necesita de tus sueños, tu valentía y tu voluntad de construir algo mejor.

Aquí aprenderás lo que significa ser ciudadano de una república. Pero, sobre todo, descubrirás que cada pequeña acción cuenta y que el cambio comienza contigo.

Con amor y fe en ti, siempre,

Tu papá

Prólogo

La República no es solo una idea ni un sistema de gobierno: es un pacto, una promesa que las generaciones presentes hacen a las generaciones futuras. *La República Dominicana explicada a Enrique* es un testimonio vivo de ese pacto.

Este libro no fue escrito solo para un niño; fue escrito para toda una generación que necesita entender su **papel en el futuro** de nuestro país. Las preguntas sencillas de un hijo, las respuestas llenas de amor de un padre y las historias de quienes nos precedieron se unen aquí para construir algo más grande: un llamado a **despertar la conciencia ciudadana**.

Desde una perspectiva accesible y cercana, este libro nos recuerda que **la libertad se protege cada día**, que **la igualdad no se regala, se construye**, y que la **justicia necesita de ciudadanos comprometidos** que actúen con responsabilidad.

Cada capítulo está diseñado no solo para informar, sino también para inspirar. Técnicas narrativas, metáforas poderosas y preguntas reflexivas conducen al lector a una comprensión profunda de lo que significa vivir en una república y defender sus valores.

Este no es un libro para leer y olvidar. Es un libro para **leer y actuar**. Porque, como aprenderá Enrique y quienes lo acompañen en esta lectura, la república es un sueño compartido que se siembra con nuestras acciones y crece con nuestro compromiso.

Introducción

La conversación que nunca debemos dejar de tener

Todo comenzó con una conversación, como suelen hacerlo las mejores ideas. Fue en el programa de radio «A Diario», que conduce Pablo McKinney junto a Cristian Jiménez, donde surgió la chispa que encendió este proyecto. En medio del diálogo, Pablo, con esa lucidez que lo caracteriza, mencionó el libro *La República explicada a mi hija*, de Régis Debray, y lanzó una reflexión que quedó resonando en mi mente: *¿Cómo le explicaríamos a nuestros hijos lo que significa una república?*

Poco después, mi hijo Enrique, con la inocencia y curiosidad que tienen los niños, me hizo una pregunta que terminó de dar sentido a todo: *Papá, ¿qué es la República?* Esa pregunta, tan sencilla pero tan profunda, me llevó a una decisión: convertir esa conversación en un legado, un libro que responda no solo a la curiosidad de mi hijo, sino a la de todas las familias que quieran enseñar a sus hijos el valor de vivir en una república.

Este libro no es solo una respuesta; es una invitación. Es un diálogo entre generaciones. Porque la República no es un concepto abstracto, ni pertenece solo a los libros de historia. **La República es un pacto, un compromiso que hacemos todos los días para construir un país más justo, libre y humano.**

Aquí, Enrique y todos los niños que lean estas páginas encontrarán:

- **Historias inspiradoras de héroes** y heroínas dominicanos, como Duarte, Mamá Tingó y Salomé Ureña, que nos enseñan el valor de la libertad, la igualdad y el sacrificio.
- **Explicaciones claras y cercanas** sobre cómo funcionan el Estado, las leyes y nuestros derechos como ciudadanos.
- **Reflexiones actuales** sobre los desafíos que enfrentamos como país y sobre cómo cada pequeño acto cuenta para ser parte de la solución.

Este libro no es solo una lección cívica. **Es un acto de amor**, porque educar a nuestros hijos en los valores de la república es la manera más poderosa de protegerla y fortalecerla. Es la forma en que les enseñamos que **la libertad se cuida, la igualdad se defiende y la justicia se construye con nuestras acciones cotidianas.**

Como padre, este libro es mi regalo para Enrique. Como ciudadano, es mi compromiso con el futuro de nuestro país. Porque el **amor que sentimos por nuestros hijos y el amor que sentimos por nuestra patria son, en esencia, el mismo compromiso:** construir un futuro lleno de oportunidades y esperanza.

Pablo McKinney me dio la idea en «A Diario», Régis Debray me ofreció la referencia y Enrique me dio el propósito. Hoy, este libro es para todas las familias dominicanas, porque la república se siembra en casa y florece cuando todos trabajamos juntos.

Carta a Marleni (y a todo padre y madre)

Querida Marleni:

Hay momentos en la vida en los que nos detenemos a observar a nuestros hijos y nos damos cuenta de lo extraordinario que es verlos crecer, aprender y soñar. Mirarlos nos llena de orgullo, pero también de una pregunta que retumba en nuestro corazón: **¿Qué mundo les estamos dejando? ¿Qué herramientas les damos para que puedan construir el futuro que merecen?**

Escribí este libro pensando en nuestro hijo, Enrique, y hoy lo comparto contigo porque creo que todos los padres y madres deseamos lo mismo: que nuestros hijos vivan en un país mejor. Un país donde la **libertad**, la **justicia** y la **igualdad** no sean solo palabras, sino realidades palpables que les permitan alcanzar sus sueños.

Nuestros hijos son esponjas. Absorben lo que ven, lo que escuchan, lo que les enseñamos. Por eso, como padres, no solo debemos alimentarlos, protegerlos y educarlos. También debemos darles **raíces fuertes y alas libres** para que crezcan con valores y con el compromiso de ser **parte del cambio** que nuestra sociedad necesita.

Este libro es más que un texto. Es una conversación entre generaciones. Es el espacio donde padres e hijos pueden hablar sobre lo que significa ser dominicano, sobre los héroes que nos trajeron hasta aquí y sobre cómo cada uno de nosotros tiene la capacidad de ser un héroe en lo cotidiano.

Es un mapa que ayuda a nuestros hijos a comprender su **rol como ciudadanos** y a descubrir que **sus acciones, aunque pequeñas, son importantes.**

Marleni, piensa en nuestro hijo. Piensa en cómo lo miras cuando duerme, en las preguntas que te hace, en los sueños que te cuenta. Este libro es un acto de amor. Es un regalo que les recuerda que no están solos, que pertenecen a una historia más grande, y que ellos —con su valentía, su honestidad y su compromiso— pueden escribir un futuro mejor.

Hoy, nuestra responsabilidad como padres no es solo dejarles un mundo más justo, sino también preparar sus corazones y sus mentes para que sean los protagonistas del cambio. Este libro, que comienza como un diálogo sencillo, terminará siendo un legado que los acompañará siempre.

Porque al final, **el amor que sentimos por nuestros hijos se demuestra en lo que les enseñamos y en el mundo que construimos junto a ellos.**

Con todo mi respeto y cariño,

Un padre que, como tú, sueña con un futuro mejor para sus hijos.

Capítulo I

La República: un pacto entre todos

Introducción: la conversación inicia

—Papá, ¿qué es eso de «la República» que escucho a veces en las noticias?

—preguntó Enrique, con los ojos fijos en una enciclopedia que hojeaba en la sala.

Sonreí. A sus 10 años, Enrique mostraba esa curiosidad que solo tienen los niños que comienzan a descubrir el mundo. Su pregunta era la excusa perfecta para hablarle de algo grande: el valor de vivir en una república.

—Enrique, la república no es solo una palabra que repiten en televisión. Es algo mucho más importante: un acuerdo que todos hicimos hace muchos años para vivir juntos con respeto, justicia y libertad.

Me senté junto a él, mirándolo con atención.

—¿Recuerdas cuando jugamos béisbol en el parque con tus amigos?

—Sí, claro —respondió con entusiasmo—. Hicimos equipos, pusimos reglas y cada quien tenía su posición.

—Exactamente. Si no hubieran reglas ni un acuerdo entre ustedes, ¿qué habría pasado?

—Todo sería un reloj. Cada uno haría lo que quisiera y nadie ganaría —respondió con convicción, frunciendo el ceño.

—Pues así mismo funciona la República. Es como ese acuerdo, pero a nivel de todo un país. Todos aceptamos seguir unas **reglas justas** para que podamos vivir bien y en paz. A esas reglas las llamamos «leyes», y la persona encargada de cuidar ese acuerdo no es un rey ni un emperador. Es el **pueblo mismo**, Enrique. Por eso decimos que la república nos pertenece a todos.

Metáfora de la República: El gran equipo

—Imagina que nuestro país es como un **gran equipo de béisbol** —continuó—. Cada ciudadano tiene una posición importante. Hay unos que lanzan, otros que batean y otros que atrapan la pelota. Todos tienen un rol.



—¿Y quién es el entrenador? —preguntó Enrique, emocionado.

—El entrenador es lo que llamamos «gobierno». El gobierno organiza, pero no juega solo. Los jugadores son el pueblo, Enrique. Y hay una condición: todos deben respetar las reglas para que el equipo gane. Si un jugador hace trampa, el equipo pierde. Si el entrenador no es justo, el equipo también pierde.

—Entonces, ¿cómo ganamos? —interrumpió.

—Ganamos cuando todos respetamos el acuerdo y cada persona hace su parte. Eso se llama **justicia y responsabilidad**.

Un ejemplo más cercano: El recreo en la escuela

—Pero a veces, papá, hay niños en el recreo que se saltan la fila para comprar primero. Eso no está bien.

—Exactamente, Enrique. Cuando alguien se salta las reglas, rompe el acuerdo de convivencia. En una república pasa lo mismo. Si las personas no respetan las leyes, todo el sistema se desordena. Al final, es injusto para todos.

—Entonces, cuando yo dejo que los demás vayan en orden, estoy ayudando a que todo funcione mejor —dijo, asintiendo con orgullo.

—¡Eso es! —respondí—. Las cosas pequeñas, como respetar la fila o ayudar a un amigo, son como semillas que hacen crecer una república más justa.



DUARTE
SANCHEZ
MELLA

Historia de los orígenes: los trinitarios

—Déjame contarte cómo nació nuestra República Dominicana. Fue como cuando tú y tus amigos decidieron poner reglas para jugar en el parque, solo que fue más difícil y valiente.

—¿Por qué, papá? —preguntó Enrique, inclinándose hacia adelante.

—Porque hace muchos años, este país estaba bajo el control de otros. No había libertad ni igualdad. Pero un joven llamado **Juan Pablo Duarte** tuvo un sueño: que los dominicanos pudieran decidir por sí mismos. Duarte y un grupo de amigos, a los que llamamos **los trinitarios**, hicieron un pacto. Prometieron luchar por la independencia y por crear una **república libre**.

—¿Y ganaron? —preguntó, con los ojos muy abiertos.

—Sí, ganaron —respondí con orgullo—. **El 27 de febrero de 1844**, la República Dominicana nació cuando Duarte y los trinitarios lograron la independencia. Duarte decía que para tener una república, teníamos que ser **libres, justos y solidarios** entre nosotros. Esas ideas son las mismas que debemos cuidar hoy.

Reflexión

—Cierra los ojos, Enrique —le pedí suavemente.

—¿Para qué? —preguntó riendo.

—Confía en mí. Imagina que eres un hombre mayor y estás en un parque viendo a tus hijos jugar, como tú juegas hoy. Ahora, piensa en el país donde te gustaría que vivieran. ¿Cómo sería?

—Quisiera que fuera un país donde todos se respeten y nadie haga trampa
—respondió después de un momento, con seguridad.

—Exacto. Esa es una **república sana**, Enrique. Un país donde todos somos importantes y nadie se cree más que los demás. Pero para lograr eso, hay que defender los valores de la república: la **libertad**, la **igualdad** y el **respeto a las reglas**.

Lección del capítulo: **el mensaje clave**

—Enrique, la República es el resultado del esfuerzo de mucha gente que vino antes de nosotros. Personas como Duarte, Sánchez y Mella arriesgaron todo para que hoy podamos vivir libres. Ahora nos toca a nosotros cuidarla, respetar las reglas y ser justos con los demás.

Lo miré a los ojos y agregué:

—Recuerda esto siempre: **una república se cuida todos los días, como se cuida un equipo. Porque si uno pierde, perdemos todos.**



Pregunta para reflexionar

«Si tú fueras parte de este equipo llamado República Dominicana, ¿qué posición te gustaría jugar y cómo ayudarías a que el equipo gane?»



JUAN PABLO DUÁ

MUSEO DE

CASAS DE
JUAN PABLO DUÁ
FUNDADA POR
EL GOBIERNO
PERUANO
EN 1981

Capítulo II

La Constitución: las reglas que nos protegen

Introducción: una pregunta en la mesa

—Papá, ¿qué son las «leyes» de las que hablabas? —preguntó Enrique mientras comíamos juntos en la mesa.

Era una buena pregunta. Aproveché la pausa para responderle con calma.

—Las leyes, Enrique, son las reglas que todos aceptamos para convivir en paz. Pero hay una ley muy especial que está por encima de todas las demás. Esa ley se llama **Constitución**.

—¿Y qué tiene de especial? —me preguntó con interés.

—La Constitución es como el **manual del juego de la vida en una república**. Allí están las reglas que garantizan que nadie haga trampa y que todos tengan los mismos derechos y deberes. Es la ley que nos protege a todos.

—¿Como un árbitro en el béisbol? —respondió rápidamente.

—¡Exacto! —dije, sonriendo—. Pero la Constitución no solo dice quién debe cumplir las reglas; también protege tus derechos, como el derecho a la educación, a la salud y a expresarte libremente.

Metáfora de la Constitución: el manual de un juego

—Piensa en la última vez que jugaste un videojuego —continuó—. ¿Qué pasa si nadie sabe cuáles son los controles o las reglas?

—Nadie sabe qué hacer y pierden todos —respondió con firmeza.

—Exacto. En la vida real, la Constitución es como el **manual de un videojuego**. Nos dice cómo debemos actuar para que todo funcione bien. Si alguien se salta las reglas, la república deja de funcionar como debe.

—¿Y quién escribió ese «manual»? —preguntó Enrique, siempre curioso.

—Nuestra primera Constitución se escribió el **6 de noviembre de 1844**, en la ciudad de **San Cristóbal**, poco después de lograr la independencia. Fue como cuando tú y tus amigos decidieron las reglas para jugar en el parque. Los dominicanos nos sentamos y dijimos: «Queremos vivir en libertad, y para eso necesitamos reglas justas».

La primera Constitución: un acto de valentía

—¿Y quiénes la escribieron, papá? —preguntó con interés.

—Hombres como Duarte y otros líderes de aquella época participaron en esa gran tarea. Fue un acto de valentía porque escribir las reglas del juego no es fácil. Tenían que asegurarse de que todos los ciudadanos fueran iguales y que el poder estuviera bien repartido.



—¿Cómo se reparte el poder?

—En la Constitución dice que el poder está dividido en **tres partes**, como si fueran los árbitros, los entrenadores y los jugadores de un equipo.

1. **El Poder Ejecutivo:** Son los encargados de dirigir el país, como un entrenador que organiza al equipo.
2. **El Poder Legislativo:** Son los que escriben y aprueban las leyes, como si fueran los que crean las reglas del juego.
3. **El Poder Judicial:** Son los jueces, los que aseguran que todos cumplan las reglas, como el árbitro que vigila el partido.

—Ah, ya entiendo. Si uno de esos poderes falla, todo se descontrola —dijo Enrique con seguridad.

—Exacto. Por eso, la Constitución también se asegura de que ninguno de los poderes tenga más fuerza que los otros. Así, el juego siempre es justo.

Reflexión: la Constitución en nuestra vida diaria

—Enrique, ¿recuerdas cuando en tu escuela hicieron una votación para elegir al presidente de curso?

—Sí, todos votamos para elegir a alguien que nos represente —dijo, recordando el momento.

—Bueno, eso también está en la Constitución. Allí se dice que en una república, **el pueblo tiene el derecho de elegir a sus gobernantes**. Y así como en tu

clase, si alguien elegido no cumple con sus responsabilidades, tiene que ser corregido o cambiado.

—¿Y si alguien no respeta la Constitución? —preguntó con seriedad.

—Ese es un problema muy grande, Enrique. Si rompemos las reglas del juego, ya no hay manera de que todo funcione bien. Por eso es tan importante que todos respetemos la Constitución y enseñemos a otros a respetarla también.

Lección del capítulo: **el mensaje clave**

—La Constitución, Enrique, es como un **escudo que nos protege**. Gracias a ella, tenemos derechos y deberes que nos permiten vivir con libertad y justicia. Pero hay algo importante: **la Constitución no se defiende sola**. Es nuestro trabajo, como ciudadanos, cuidarla y respetarla.

—Como si fuéramos los guardianes del manual —dijo Enrique, sonriendo.

—Exactamente. Y ser guardianes no significa pelear. Significa respetar las leyes, actuar con justicia y enseñar a otros a hacer lo mismo.



Pregunta para reflexionar

«Enrique, si tú fueras un guardián de la Constitución, ¿cómo ayudarías a que todos respeten las reglas para que el juego sea justo para todos?»

Capítulo III

Los tres poderes del Estado: equilibrio necesario

Introducción: Un rompecabezas incompleto

—Papá, ¿te has dado cuenta de que si falta una pieza en mi rompecabezas, no se ve bien? —dijo Enrique, mostrándome su juego incompleto.

—Es verdad —respondí, aprovechando su observación—. Y lo mismo pasa con una república, Enrique. La república tiene tres partes muy importantes que funcionan como las piezas de un rompecabezas. Si falta una o si no funciona bien, el país deja de estar en equilibrio.

—¿Cuáles son esas piezas? —preguntó, intrigado.

—Se llaman **Poder Ejecutivo, Poder Legislativo y Poder Judicial**. Son los **tres poderes del Estado**, y juntos mantienen el equilibrio necesario para que la república funcione.

Metáfora del equilibrio: la silla de tres patas

—¿Recuerdas la silla vieja que está en el taller de abuelo? —le pregunté.

—Sí, una pata está rota y no se puede usar —respondió Enrique.

—Exactamente. Una república es como una **silla con tres patas**. Cada pata representa uno de los poderes del Estado. Si una pata está más débil o rota, la silla se cae. Lo mismo pasa con nuestro país: si uno de los tres poderes no funciona, todo el sistema se tambalea.

—Entonces, ¿cada poder tiene un trabajo diferente? —dijo, levantando una ceja.

—¡Sí! Déjame explicártelo uno por uno.

El Poder Ejecutivo: el entrenador del equipo

—Primero está el **Poder Ejecutivo** —continué—. Es como el entrenador de un equipo de béisbol. Él organiza, toma decisiones y se encarga de dirigir todo para que el país funcione bien.

—¿Y quién es el entrenador?

—El presidente de la República. Su trabajo es dirigir el país, asegurándose de que haya escuelas, hospitales, carreteras y otros servicios importantes. Pero, como en un equipo, no puede jugar solo; necesita que todos hagan su parte.

—¿Y si el entrenador no hace bien su trabajo?

—Buena pregunta. Por eso existen los otros dos poderes, Enrique. Son como los árbitros y las reglas que vigilan que todo sea justo.





El Poder Legislativo: los que escriben las reglas

—El segundo poder es el **Poder Legislativo**. Son los encargados de **crear y aprobar las leyes**, como si escribieran las reglas del juego para que todos sepamos cómo debemos comportarnos.

—¿Y quiénes son ellos? —preguntó Enrique.

—Son los **diputados y senadores**, que trabajan en el Congreso Nacional. Ellos representan al pueblo, igual que cuando en tu escuela eligen al presidente de curso para hablar por todos.

—¿Y si alguien quiere cambiar las reglas?

—Si las reglas no son justas, los legisladores pueden cambiarlas, siempre y cuando respeten la **Constitución**, que es la regla más importante de todas.

El Poder Judicial: los árbitros del juego

—Por último está el **Poder Judicial**. ¿Te acuerdas del árbitro en un partido de béisbol?

—Sí, es el que dice si alguien hizo trampa o si una jugada es válida.

—¡Exacto! El Poder Judicial hace lo mismo, pero con las leyes. Los jueces se aseguran de que todos cumplan las reglas y que nadie haga trampa. Si alguien no respeta la ley, son ellos quienes toman las decisiones para corregirlo.

—Entonces, si no hubiera jueces, ¿qué pasaría?

—Sería un caos, Enrique. Imagina un partido sin árbitro: nadie respetaría las reglas, y el juego sería injusto.



Reflexión: el equilibrio entre los tres poderes

—Enrique, el **Ejecutivo**, el **Legislativo** y el **Judicial** son como los tres pilares que sostienen la República. Cada uno tiene un trabajo diferente, pero todos son igual de importantes.

—¿Y si uno de esos poderes quiere hacer trampa? —preguntó con preocupación.

—Por eso se controlan entre sí. A eso le llamamos **equilibrio de poderes**. Si uno de ellos quiere hacer algo injusto, los otros dos tienen la responsabilidad de detenerlo.

—Como cuando mi equipo me ayuda a que nadie haga trampa en el juego —dijo Enrique, asintiendo.

—Exacto. En una república, todos debemos vigilar que el juego sea justo para que nadie abuse de su poder.

Lección del capítulo: el mensaje clave

—Enrique, el equilibrio entre los tres poderes es lo que mantiene a la República fuerte y justa. Sin equilibrio, todo se cae, como una silla con una pata rota. Por eso, es importante que respetemos las reglas y que siempre pidamos que quienes gobiernan también las respeten.

—Es como un rompecabezas. Si falta una pieza, todo se desarma —respondió Enrique con seguridad.

—¡Exacto! Por eso debemos cuidar cada pieza, porque todas son importantes.



Pregunta para reflexionar

«Enrique, si tú fueras árbitro, entrenador o jugador en este equipo llamado República, ¿qué harías para que todo funcione bien y el juego sea justo para todos?»

Capítulo IV

La libertad y la igualdad: dos caras de la moneda

Introducción: Una historia en el parque

—Papá, el otro día en el parque, un niño no dejó que otro se subiera al columpio. Decía que él tenía más derecho porque llegó primero —comentó Enrique, algo molesto.

—¿Y cómo te hizo sentir eso? —le pregunté, buscando su reflexión.

—Injusto. El columpio es para todos, ¿no? Cada uno debería poder jugar su turno.

—Exactamente, Enrique. Lo que sentiste ese día tiene que ver con dos valores muy importantes: la **libertad** y la **igualdad**. Sin ellas, no hay justicia, y la República no funciona.

—¿Y cómo se relacionan? —preguntó con curiosidad.

—Piensa en ellas como dos caras de una misma moneda. Una no puede existir sin la otra. Si no hay igualdad, no hay libertad verdadera.

Metáfora de las dos caras de la moneda

—Imagina que tienes una moneda en la mano —le dije, sacando una del bolsillo—. Por un lado, está la libertad, que significa que cada persona puede elegir cómo vivir su vida, sin que nadie la controle. Por el otro, está la igualdad, que asegura que todos tengamos las mismas oportunidades para disfrutar esa libertad.

—¿Y si falta una de las dos?

—La moneda pierde su valor, Enrique. Si solo existe la libertad, pero no la igualdad, algunos tendrán muchas oportunidades y otros ninguna. Y si solo hay igualdad, pero no libertad, nadie podrá elegir lo que realmente quiere hacer.

—Como cuando uno de los niños acapara el columpio y no deja que los demás jueguen —respondió, entendiendo la idea.

—¡Exacto! Ese niño tenía libertad para subirse, pero no fue justo porque no compartió el espacio con los demás.

La libertad: el derecho a decidir

—**La libertad** significa que puedes decir lo que piensas, elegir lo que te gusta estudiar, y decidir cómo vivir tu vida. Nadie puede obligarte a hacer algo que no quieres, siempre y cuando respetes los derechos de los demás.

—¿Y si alguien no respeta mi libertad?

—Por eso existen las **leyes** y los derechos que nos protege la Constitución. Piensa en la libertad como el aire: **es tuya, pero no puedes usarla para quitarle el aire a los demás.**

—¿Como no gritar en el cine para que todos puedan ver la película tranquilos?

—preguntó Enrique.

—¡Exactamente! Tienes la libertad de hablar, pero también tienes que respetar el derecho de los demás a disfrutar la película.

La igualdad: las mismas oportunidades para todos

—**La igualdad** significa que todos tenemos los mismos derechos y oportunidades, sin importar si somos ricos o pobres, si vivimos en la ciudad o en el campo, o cómo nos vemos.

—¿Eso siempre ha sido así?

—No, Enrique. Hubo un tiempo en que muchas personas no tenían derechos. Por ejemplo, las mujeres no podían votar ni estudiar, y los campesinos no tenían tierras para sembrar. Fue gracias a muchas luchas y esfuerzos que logramos un país donde todos tienen las mismas oportunidades.

—¿Como cuando Mamá Tingó defendió a los campesinos? —recordó Enrique.

—¡Exacto! Mamá Tingó es un ejemplo de lucha por la igualdad. Ella quería que los campesinos tuvieran derecho a sus tierras, porque sin igualdad, no hay justicia.

Reflexión: libertad e igualdad en la vida diaria

—Enrique, la libertad y la igualdad no son solo palabras bonitas. Son valores que debemos defender todos los días en cosas pequeñas y grandes.

—¿Cómo cuáles? —preguntó, curioso.



—Por ejemplo, cuando ayudas a un amigo que tiene dificultades en clase, estás defendiendo la igualdad. Y cuando respetas las opiniones de los demás aunque no pienses igual, estás defendiendo la libertad.

—Entonces, si todos cuidamos esas cosas pequeñas, el mundo será más justo —dijo Enrique con convicción.

—Sí, Enrique. La libertad y la igualdad comienzan con gestos pequeños, pero juntos, construyen una república más justa para todos.

Lección del capítulo: **el mensaje clave**

—Recuerda esto siempre, Enrique: **la libertad y la igualdad son caras de la misma moneda**. No podemos ser verdaderamente libres si no tratamos a los demás con justicia y respeto. Y no puede haber igualdad si no dejamos que cada persona sea libre de decidir su vida.

—Como en el columpio: si compartimos, todos podemos disfrutar —dijo, sonriendo.

—Exacto. Si cuidamos esos valores, la República será más fuerte y más justa para todos.



Pregunta para reflexionar

«Enrique, ¿qué puedes hacer hoy para que todos tengan la misma oportunidad de disfrutar su libertad, como pasó con el columpio en el parque?»

Capítulo V

Nuestros héroes y heroínas: ejemplos de inspiración

Introducción: ¿Qué hace a un héroe?

—Papá, ¿los héroes solo existen en las películas? —preguntó Enrique, mientras dibujaba un superhéroe con capa y máscara.

Sonreí al ver su dibujo y respondí:

—No, Enrique. Los héroes no necesitan capas ni poderes especiales. Los verdaderos héroes son personas que luchan por lo que es justo, aunque sea difícil. Son personas que piensan en los demás y no solo en sí mismos.

—¿Como quiénes? —preguntó, dejando su lápiz sobre la mesa.

—Como muchos hombres y mujeres dominicanos que dieron su vida, su tiempo y su esfuerzo para que hoy tengamos una república libre y justa. Te contaré sobre algunos de ellos.

Juan Pablo Duarte: el padre de la patria

—Primero está **Juan Pablo Duarte**, el padre de la patria —dije con solemnidad—. Duarte no fue un soldado ni un gobernante poderoso. Fue un joven con un sueño: que los dominicanos pudieran ser **libres** y vivir en su propia república.

—¿Qué hizo?

—Junto con sus amigos, creó **La Trinitaria**, una sociedad secreta donde juraron luchar por la independencia. Duarte sacrificó todo lo que tenía: su dinero, su tiempo y su tranquilidad.

—¿Y ganó? —preguntó Enrique, siempre atento.

—Sí, pero no fue fácil. Duarte murió pobre y lejos del país que ayudó a liberar. Sin embargo, su sueño se hizo realidad. La República Dominicana nació el **27 de febrero de 1844**, y hoy tenemos libertad gracias a él.

—¡Entonces fue un héroe de verdad! —dijo Enrique con admiración.

—Sí, Enrique. Duarte nos enseñó que un héroe no busca ser famoso. Un héroe busca lo justo, aunque no reciba aplausos.

Mamá Tingó: la voz de los campesinos

—Ahora te contaré sobre **Mamá Tingó** —continué—. Ella no llevaba una espada ni un uniforme. Era una campesina que luchó por el derecho de su gente a tener tierra para sembrar y alimentar a sus familias.

—¿Por qué tenía que luchar?

—Porque algunos querían quitarles las tierras a los campesinos pobres. Mamá Tingó no sabía leer ni escribir, pero tenía algo más poderoso: **valor y amor por su comunidad**.

—¿Qué hizo?





—Defendió a su gente, habló con fuerza y nunca se rindió, aunque muchos le dijeron que se quedara callada.

—¿Ganó?

—Mamá Tingó fue asesinada por defender lo que era justo, pero su ejemplo no murió. Hoy, su lucha sigue inspirando a muchas personas que defienden los derechos de los más necesitados.

—¡Qué valiente! —dijo Enrique, conmovido.

—Sí, Enrique. **Mamá Tingó nos enseñó que no hay que ser rico o poderoso para ser un héroe. Solo hace falta tener el valor de defender lo justo.**

Salomé Ureña: la maestra de la patria

—Y ahora quiero hablarte de **Salomé Ureña**, una mujer que entendió que **la educación era la clave para un país mejor.**

—¿Era maestra? —preguntó Enrique.

—Sí, fue una de las primeras educadoras de nuestro país. En una época en la que pocas mujeres podían estudiar, Salomé abrió escuelas para que las niñas también pudieran aprender.

—¿Por qué era importante?

—Porque sin educación, no hay libertad ni igualdad. Salomé Ureña soñaba con una república donde todos, hombres y mujeres, tuvieran las mismas oportunidades para crecer y aprender.

—Entonces, ¿ella fue una heroína de la educación?

—Exacto. Salomé nos enseñó que **la educación es el mejor regalo que podemos darle a un país**, porque un pueblo educado es un pueblo libre.

Reflexión: héroes del pasado y del presente

—Enrique, ¿te das cuenta de lo que tienen en común Duarte, Mamá Tingó y Salomé Ureña?

—Todos lucharon por lo justo, aunque fue difícil —respondió con seguridad.

—Exacto. Los héroes no nacen con poderes. Son personas como tú, como yo, que deciden hacer lo correcto sin importar los obstáculos.

—¿Hoy también hay héroes?

—Claro que sí. Los médicos que salvan vidas, los maestros que educan a los niños, las madres y padres que trabajan cada día para cuidar a sus familias, y todos aquellos que defienden los derechos de los demás. Cada vez que tú ayudas a alguien o dices la verdad, estás siendo un héroe también.

Lección del capítulo: **el mensaje clave**

—Enrique, los héroes y heroínas de nuestro país nos dejaron un legado: luchar por la **libertad**, la **igualdad** y la **educación**. No necesitas una capa para ser un héroe. Solo necesitas **valor, amor y compromiso**.

—Entonces, puedo ser un héroe si hago lo correcto cada día —dijo Enrique, sonriendo.

—¡Exacto! El mundo necesita más héroes, y cada pequeño acto de justicia cuenta.



Pregunta para reflexionar

«Enrique, si tuvieras que elegir una causa para luchar, como hicieron Duarte, Mamá Tingó o Salomé Ureña, ¿cuál sería y por qué?»

Capítulo VI

Los desafíos de nuestra República

Introducción: el mapa del tesoro

—Papá, ¿es verdad que la República Dominicana todavía tiene muchos problemas? —preguntó Enrique mientras hojeaba un viejo mapa en la sala.

—Sí, Enrique, aún enfrentamos muchos desafíos. Pero los desafíos son como los obstáculos en un mapa del tesoro: si los enfrentamos juntos y con valor, podemos construir un país mejor.

—¿Y cuáles son esos desafíos? —preguntó, abriendo bien los ojos.

—Te los contaré, pero quiero que recuerdes algo muy importante: **cada desafío es una oportunidad para mejorar**. Si entendemos los problemas y buscamos soluciones, la república se vuelve más fuerte.

Desafío 1: la desigualdad

—El primer desafío es la **desigualdad**, Enrique. ¿Recuerdas cuando vimos que algunos niños no podían jugar contigo en el parque porque no tenían zapatos o ropa cómoda?

—Sí... Me sentí mal porque ellos querían jugar también.

—Eso mismo pasa en nuestro país. Hay personas que no tienen las mismas oportunidades que otras: algunos no tienen buena educación, no pueden ir al

médico cuando están enfermos o no encuentran trabajo para mantener a sus familias.

—¿Y por qué pasa eso?

—Porque todavía no hemos aprendido a compartir nuestros recursos de forma justa. Pero cada vez que alguien estudia, trabaja o ayuda a los demás, estamos combatiendo la desigualdad. **La educación y el esfuerzo son las herramientas más poderosas para lograr un país más justo.**

Desafío 2: la corrupción

—El segundo desafío es la **corrupción** —continuó—. La corrupción es cuando alguien que tiene poder usa ese poder para su propio beneficio y no para ayudar a los demás.

—¿Como si un árbitro ayudara a un equipo a ganar haciendo trampa?

—Exactamente, Enrique. La corrupción rompe las reglas y hace que el juego no sea justo. Cada peso que se roba o se malgasta es dinero que no llega a las escuelas, a los hospitales o a las carreteras.

—¿Y cómo podemos detenerla?

—Si todos hacemos lo correcto y exigimos transparencia, la corrupción pierde fuerza. Un país sin corrupción es como un juego limpio donde todos tienen una oportunidad de ganar.

Desafío 3: el cuidado del medio ambiente

—El tercer desafío es cuidar nuestro **medio ambiente**.

—¿Eso qué significa?

—Significa cuidar la naturaleza: ríos, mares, montañas y bosques. Nuestro país es hermoso, pero si no lo cuidamos, perderemos lo que nos hace únicos.

—¿Como cuando vemos basura en la playa?

—Exacto. Esa basura no solo daña la belleza del lugar, también afecta a los peces, las plantas y a nosotros mismos. Si no protegemos la naturaleza hoy, mañana no podremos disfrutarla.

—¿Y qué podemos hacer para ayudar?

—Pequeñas acciones, Enrique, como no tirar basura, plantar árboles y enseñarle a otros a cuidar el medio ambiente. La suma de esos pequeños esfuerzos puede hacer una gran diferencia.

Reflexión: somos parte de la solución

—Enrique, los problemas de nuestro país son grandes, pero no imposibles de resolver. Siempre recuerda esto: **los desafíos no son excusas para rendirnos, son oportunidades para crecer y mejorar.**

—¿Pero cómo puede alguien como yo ayudar a solucionar esos problemas?



—Te sorprenderías de lo que puedes lograr, Enrique. Cada vez que estudias con esfuerzo, cuidas a los demás, dices la verdad o recoges un papel del suelo, estás ayudando a mejorar nuestro país.

—¿Aunque sea algo pequeño?

—Sí, porque las cosas grandes comienzan con pequeños gestos. Si todos hacemos nuestra parte, juntos podemos resolver cualquier desafío.

Lección del capítulo: **el mensaje clave**

—Enrique, nuestra república no es perfecta, pero tiene la capacidad de ser cada vez mejor. Los desafíos como **la desigualdad, la corrupción y el cuidado del medio ambiente** son grandes, pero no insuperables.

—¿Y qué podemos hacer?

—Hacer lo correcto, ser responsables y comprometernos con el país que queremos. Recuerda esto: **un héroe no se queja de los problemas, busca cómo solucionarlos.**



Pregunta para reflexionar

«Enrique, si pudieras cambiar una sola cosa en nuestro país para hacerlo mejor, ¿qué cambiarías y qué harías para lograrlo?»

Capítulo VII

La República del futuro: construyendo juntos

Introducción: un sueño compartido

—Papá, ¿cómo crees que será la República Dominicana cuando yo sea grande?

—preguntó Enrique, mientras mirábamos juntos el atardecer desde la ventana.

Me quedé un momento en silencio, pensando en su pregunta. Luego respondí con calma:

—Eso depende de lo que hagamos hoy, Enrique. El futuro no está escrito. Es como una **página en blanco** que podemos llenar con nuestras acciones, nuestras decisiones y nuestros sueños.

—¿Yo también puedo ayudar a escribir esa página?

—¡Por supuesto! Todos somos parte de la construcción del futuro de la república. **El país que sueñas comienza contigo.**

Metáfora del futuro: sembrar hoy para cosechar mañana

—¿Te acuerdas cuando sembramos ese árbol pequeño en el patio? —le pregunté.

—Sí, al principio era solo una plantita, pero ahora está grande y tiene muchas hojas.

—Así mismo es el futuro, Enrique. Cada acción que tomamos hoy es como una **semilla** que sembramos. Si la cuidamos bien, crecerá fuerte y dará frutos. Pero si la abandonamos, no crecerá o se secará.

—¿Y cuáles son las semillas que debemos sembrar?

—Te lo voy a decir: **la educación, la honestidad, el trabajo y el respeto por los demás y por la naturaleza.**

Construir el país que queremos: las herramientas

—Para construir una **República Dominicana mejor**, necesitamos usar las herramientas correctas. ¿Sabes cuáles son esas herramientas?

—¿Como martillos y clavos? —preguntó Enrique, riendo.

—No exactamente. Nuestras herramientas son los **valores** que aprendemos en casa, en la escuela y en la comunidad. Las más importantes son:

1. **La educación:** la clave para abrir todas las puertas. Un país educado puede resolver cualquier desafío.
2. **La honestidad:** decir la verdad y actuar siempre con justicia, aunque nadie nos esté mirando.
3. **El trabajo duro:** construir con esfuerzo, sin buscar atajos ni excusas.
4. **El respeto:** tratar a todos con dignidad, sin importar cómo piensen o de dónde vengán.
5. **El amor por la naturaleza:** cuidar el medio ambiente para que las futuras generaciones puedan disfrutarlo.

—Entonces, si usamos bien esas herramientas, el país crecerá, como el árbol del patio —dijo Enrique, asintiendo con seriedad.

—Exactamente. Porque el **futuro no se espera, se construye con esfuerzo y responsabilidad.**

Reflexión: un compromiso con el mañana

—Enrique, imagina que estás parado en una montaña, mirando hacia el futuro. ¿Qué te gustaría ver?

—Quisiera ver un país donde todos puedan ir a la escuela, donde no haya gente pobre y donde las playas y montañas estén limpias.

—Ese es un sueño hermoso, Enrique. Y si todos trabajamos juntos, podemos lograrlo. La república del futuro comienza con los **pequeños actos** que hacemos hoy: estudiar con esfuerzo, respetar las reglas, cuidar la naturaleza y ayudar a los demás.

—Entonces, ¿cada cosa que yo haga importa?

—Sí, Enrique. Cada acción cuenta, porque tú eres parte de este país y tu voz, tus decisiones y tus valores son importantes.

—¿Y si otros no quieren ayudar?

—Entonces tú debes dar el ejemplo. Muchas veces, el cambio comienza con **una sola persona** que decide hacer lo correcto. Duarte, Mamá Tingó y Salomé

Ureña comenzaron siendo **una sola persona**, pero sus acciones inspiraron a muchos más.

Lección del capítulo: **el mensaje clave**

—Enrique, nunca olvides esto: **tú eres parte del futuro de la República Dominicana**. El país que soñamos no se construye solo. Necesita de tus manos, de tus ideas y de tu compromiso.

—¿Y si fallo? —preguntó, mirándose con preocupación.

—Todos fallamos alguna vez, Enrique. Lo importante es **levantarse, aprender y seguir adelante**. El futuro no es perfecto, pero es mejor cuando lo construimos con amor y responsabilidad.

—Prometo cuidar la semilla que estoy sembrando —dijo con firmeza, sonriendo.

—Eso es lo más importante. Si sembramos buenas semillas hoy, cosecharemos un país lleno de oportunidades mañana.



Pregunta para reflexionar

«Enrique, si pudieras sembrar una semilla hoy para cambiar el futuro de la República Dominicana, ¿qué semilla sería y cómo la cuidarías para que crezca fuerte?»





Conclusión

Un compromiso que empieza en casa

Al cerrar este libro, me dirijo a ti, querido lector, **a ti que eres madre, padre, abuelo, abuela, hermano mayor o simplemente alguien que ama profundamente a su familia.** Este viaje por la historia, los valores y los desafíos de nuestra República Dominicana no termina aquí. Más bien, apenas comienza, porque las palabras no tienen sentido si no las convertimos en acciones.

La República no es un concepto lejano ni una idea abstracta; **es el hogar que compartimos.** Es la casa donde crecemos en familia: si la cuidamos, si nos respetamos y si trabajamos juntos, será un lugar de amor, oportunidades y esperanza para todos. Pero si descuidamos ese hogar, si olvidamos nuestros valores y nuestros compromisos, pronto nos encontraremos con paredes agrietadas y sueños rotos.

Escribí este libro porque **creo en el amor de la familia.** Creo en el poder de una madre que enseña a su hijo a respetar a los demás, en el ejemplo de un padre que le muestra a su hija que las reglas justas son la base de la libertad. Creo en las conversaciones sencillas, como las que tuve con mi hijo Enrique, que siembran semillas invisibles pero profundas en el corazón de nuestros niños.

Nosotros, como adultos, tenemos una responsabilidad: **guiar a nuestros hijos con amor,** con ejemplo y con compromiso. Cada capítulo fue escrito pensando en ustedes, en nuestras familias, en ese vínculo inquebrantable que nos conecta con lo más importante: **el futuro de nuestros hijos y de nuestra patria.**

Quiero que recuerden esto:

- Cada vez que le cuentas una historia a tu hijo, le estás enseñando quién es y de dónde viene.

- Cada vez que le hablas sobre justicia, respeto y responsabilidad, estás construyendo el país donde vivirá mañana.
- Cada vez que actúas con amor, honestidad y valentía, le estás mostrando que los héroes no usan capas: son las madres y padres que inspiran a sus hijos a ser mejores.

En este libro he compartido historias de grandes dominicanos y dominicanas, pero **los verdaderos héroes están en cada familia, en cada hogar donde se siembra amor y educación.** Allí, en lo pequeño, empieza la construcción de una patria más justa, más libre y más humana.

Si este libro logra que una madre hable con su hijo sobre los valores de la República, si inspira a un padre a reflexionar con su hija sobre la importancia de ser ciudadanos comprometidos, entonces habrá cumplido su propósito. Porque **el amor por nuestros hijos y el amor por nuestro país son, en el fondo, la misma cosa.**

Al cerrar estas páginas, quiero que te lleves una promesa: **nunca subestime-
mos el poder que tenemos como familia para cambiar el futuro.** No espe-
remos que otros construyan el país que soñamos. El cambio empieza **en casa,
con nuestras palabras, nuestras acciones y nuestros valores.**

Gracias por permitirme entrar en tu hogar y en tu corazón. Que este libro sea solo el comienzo de una conversación que nunca termine, porque **el amor que sentimos por nuestros hijos merece el mejor de los legados: un país donde puedan crecer, soñar y ser felices.**

Con profundo respeto, cariño y compromiso,

Un padre que cree en la familia y en el poder de la educación para cambiar el mundo.

